





Hoja de Nuestra Señora de la  
**Clara Esperanza**

# N.81

## REVISTA

[www.hoja.claraesperanza.net](http://www.hoja.claraesperanza.net)  
[hoja.claraesperanza@gmail.com](mailto:hoja.claraesperanza@gmail.com)

- artículos
  - Encuentro en el espejo 
  - Convertirnos a la resurrección 
- quiénes somos
- artículos anteriores
- versión imprimible
- videos

Síguenos en:



# Claraesperanza

contemplando la realidad con una clara esperanza

**“No es por la grandeza  
y número de nuestras obras  
por lo que agradamos a Dios,  
sino por el amor  
con que las hacemos”.**

*San Francisco de Sales*



## Vivir festivamente

La fiesta es un estado, no se trata de hacer cosas nuevas y distintas, sino las mismas de otra manera. Vivir en fiesta es la confirmación de que estoy contento. Tener el corazón festivo es tener el corazón en paz.

*Basado en textos sobre la Fiesta de Alfredo Rubio de Castarlenas y Juan Miguel González-Feria.*



Ver video:



inicio

● artículos

Encuentro en el espejo

Convertirnos a la resurrección



● quiénes somos

● artículos anteriores

● versión imprimible

● **videos**

## Himno del Año de la Fe

Versión del texto oficial en español del Himno del Año de la Fe.

Caminamos llenos de esperanza,  
pero a tientas en la noche.  
Vienes tú en el Adviento de la  
historia, eres tú el Hijo del Altísimo.  
*Credo Domine, credo!*  
Con los santos que caminan con  
nosotros, Señor, te pedimos:  
*Adauge, adauge nobis fidem!*  
*Credo Domine, adauge nobis fidem!*



Ver video:



## Encuentro en el espejo

El espejo era un adminículo más para afeitarme, como la máquina eléctrica o la loción «after-shave».

Pero hoy me fijé en mis ojos. Me miré como cuando uno mira a los ojos de otra persona, poniendo en esta mirada el alma y estableciéndose con «ese otro» una conversación profunda sin necesidad de palabras. Hoy, sin saber por qué, me he mirado así. He establecido conmigo mismo un diálogo hondo que me ha llegado, con cierto escalofrío, a la misma consciencia.

Al verme objetivado en el espejo, me he descubierto uno entre los otros, tan digno de ser apreciado, amado, como hay que hacerlo con el prójimo. Me he descubierto me-nesteroso de mi atención. Y yo me he sentido culpable de olvidarme de ése que tenía enfrente, de someterlo sin piedad no sólo a los otros sino, con mayor frecuencia aún, a mis ambiciones. He marginado, casi siempre, a ese ser con mí mismo nombre y apellidos que este amanecer tenía bien enfocado por la luz del lavabo.

He descubierto, de repente, que también tengo deberes para esa persona –que soy yo mismo– tan pisoteada por mis urgentes e importantes quehaceres... Que ese hombre cansado y algo melancólico tiene derechos que reclamarme: cuidados, descanso, sosiego, comprensión, afecto...



Foto: Javier Bustamante

Parecía que, mudo, me lo imploraba mansamente como un perro maltratado. He descubierto, sí, que yo era soberbio y he sentido remordimientos de haber tratado con altanería a ese «yo-otro» reflejado en el espejo, que ha sido harto sumiso. Ha despertado en mí, todo un sector ético que mantenía penumbroso en el desván. He sido demasiado Señor de mí mismo, y ello es peligroso; nos hace proclives a acabar siendo, además, señores de los otros. No. Hay que ser servidores por aprecio, de los demás y también, ¿por qué no?, de uno mismo, ya que soy tan débil como la muchedumbre.

inicio

● **artículos**

Encuentro en el espejo

Convertirnos a la resurrección



● quiénes somos

● artículos anteriores

● versión imprimible

● videos

# Clara esperanza

contemplando la realidad con una clara esperanza

En el Viejo Testamento se nos decía que había que amar a los demás como a uno mismo. En el Nuevo se colige una revolución copernicana de esa medida del amor: que uno se debe amar a sí mismo en la misma medida –ni más ni menos– que uno ame a los demás. Porque se es, humildemente, uno como los otros.

Solamente sintiéndome amado por ellos y por mí mismo, es como podré ser límpido hontanar de vida, dispuesto a darse sin medida incluso a los que no nos aman, ni siquiera se aman a sí mismos. El ser humano necesita esencialmente de los otros seres humanos; si no ama a los demás, mal podrá llegar a ser un espécimen en pleni-

tud. Pero, si a la vez uno no se ama con dignidad, ¿qué podrá dar a los otros sino un ser ultrajado por uno mismo? ¿Qué testimonio, qué garantía de respeto, libertad, comprensión y cuidado?


\*\*\*


¡Pobre yo de mi espejo, qué poco me he preocupado de ti! Me lo han dicho tus ojos esta mañana con una sola mirada, larga, sin apenas reproche, pero más certeramente expresiva que todas las palabras.

**Alfredo Rubio de Castarlenas**

inicio

## ● artículos

Encuentro en el espejo 

Convertirnos a la resurrección 

● quiénes somos

● artículos anteriores

● versión imprimible

● videos

Fotografía Amigo

## Convertirnos a la Resurrección

Sí; resucitar es recibir una vida que viene completamente de Dios. Su soplo amoroso, el aliento que nos da una nueva manera de vivir. Pero que sea nueva, no significa que la de antes no lo fuera. Simplemente, esta es más plena y la podemos vivir aún más como puro don.

Por eso, podemos pensar que en nosotros hay cosas que ya son buenas, pero que no las hemos entregado plenamente a Dios para que Él las vivifique y las haga plenamente suyas a través nuestro. Es decir, cosas — pensamientos, comportamientos, acciones— que viven

o han vivido en nosotros, pero que aún lo hacen a base de nuestras propias energías. Hay momentos en la vida que nos ayudan a plantearnos morir a vivir estas actitudes y acciones exclusivamente con nuestro estilo, para dejarlas nacer al estilo de Dios, que asumirá el nuestro en todo aquello que tiene de bueno pero lo llevará a plenitud.

Una de las cosas que podemos revisar es aquello que tiene que ver con la alabanza; especialmente con la alabanza a Dios. Seguramente entonamos muy pocos

inicio

### ● artículos

Encuentro en el espejo

Convertirnos a la resurrección



● quiénes somos

● artículos anteriores

● versión imprimible

● videos



Foto: Ita Amigó

# Clara esperanza

contemplando la realidad con una clara esperanza

cantos de alabanza para cada una de las circunstancias que rodean nuestra vida o la de otras personas y realidades que nos interpelan y que, a menudo, no sabemos cómo encajar...

Es muy sencillo alabar a Dios cuando recibimos signos claros de su providencia, de su afecto hacia nosotros. Pero aún nos cuesta alabarlo por los “desiertos” que nos invita a vivir con la finalidad de que después conozcamos —o reconozcamos— oasis mucho más bonitos de los que ya vivíamos. Sobre todo, porque en la experiencia de desierto una de las cosas que pasa es que depuramos nuestra mirada: se limpia de visiones parciales, de egoísmos, incluso de prejuicios sobre cómo han de ser las cosas y la vida. En definitiva, se limpia de todo aquello que no nos permitía valorar adecuadamente cómo son realmente las cosas y cómo quiere Dios que sean.

No se trata, como lo hacemos a menudo, de alabar a Dios cuando ya hemos salido adelante, cuando hemos dejado el desierto atrás, sino cuando estamos metidos de lleno: con sed, sufriendo las temperaturas extremas de calor y de frío, solos, desorientados, con un paisaje que se nos hace insoportablemente monótono y tan

austero que no nos queda sino arraigarnos en lo que es fundamental, indispensable para seguir viviendo.

Lo más sorprendente y significativo es que, con este cambio de actitud, podemos darnos cuenta de que, en realidad, poco más que eso necesitamos. Y que, cuando podemos abrazarlo, lo que antes era monótono, ahora explota en matices de colores y formas que nunca habíamos sido capaces de descubrir, aunque ya estaban presentes en la vida que nos rodea. ¿Quién ha dicho que la arena del desierto es de un solo color? Sólo hay que ser capaces de ver cómo juega con el sol para descubrir una gama indescriptible.

Y ya que hablamos de eso... A fin de cuentas, es cierto que el evangelio dice que Jesús fue tentado justamente allá, en el desierto, pero no olvidemos que, como dice el profeta Oseas, también es allá donde Dios puede hablar al corazón, con plena intimidad: “La conduciré al desierto y le hablaré al corazón...”. Dejémonos conducir al desierto para descubrir la vida menos visible. Pero no olvidemos: que no la veamos, no quiere decir no que exista.

**Natàlia Plá Vidal**

inicio

● **artículos**

Encuentro en el espejo

Convertirnos a la resurrección

● quiénes somos

● artículos anteriores

● versión imprimible

● videos

